

## **LA VANGUARDIA**

### **"Bush y el factor exterior"**

**6 Mayo 2004**

**Kenneth W. Stein**

ESTAS PRESIDENCIALES se han circunscrito a un referéndum sobre Bush y su enfoque sobre la economía, Iraq y el terrorismo. LAS CUESTIONES DE política exterior podrían impulsar a los votantes indecisos ya sea en favor de uno u otro candidato

Los dirigentes políticos adoptan decisiones políticas. En las democracias, el electorado puede exigirles responsabilidades por sus iniciativas y decisiones adoptadas, demoradas o nunca aplicadas. La decisión de Aznar de apoyar la invasión anglo-norteamericana de Iraq tiene los visos de haber influido en los resultados de las elecciones generales celebradas en marzo en España. ¿Tendrá ocasión de oír Bush, llegado el momento, la misma sintonía?

Suele decírsenos que la inmensa mayoría del electorado español era contrario al envío de tropas a Iraq. Además se suscitó una enorme oposición a la guerra como tal y una notable consternación por la creciente distancia que se ahondaba entre España y sus vecinos de la Unión Europea y pudo apreciarse un matizado enfoque, en el seno del propio electorado, a la hora de distinguir entre la necesidad de seguir luchando contra el terrorismo y la de librar la guerra en Iraq. No es posible dilucidar aún de forma definitiva si la retirada de las tropas españolas de Iraq vacunará a España contra nuevos ataques terroristas.

A este respecto, existe una gran diferencia entre por una parte España y probablemente el resto de Europa y, por otra, Estados Unidos: las cuestiones propias de la política exterior únicamente influyen en los resultados electorales cuando tales "cuestiones" –en este caso, una guerra contra el terrorismo y la estabilización de Iraq– son susceptibles de inclinar el voto de los indecisos. En este momento, el electorado norteamericano ya está polarizado en torno a sus dos candidatos favoritos. En el caso de George W. Bush, se ha definido a sí mismo como un "conservador compasivo", situado muy a la derecha en materias relativas a la moralidad y las libertades civiles, ferviente partidario del empleo de la fuerza si es menester en lugar de recurrir a un prolongado proceso negociador y conservador en materia fiscal. Desde el 11-S, por añadidura, George W. Bush ha arropado de hecho su presidencia y, en consecuencia, su éxito futuro valiéndose a tal fin del factor de la política exterior. Si bien en su día fue un presidente provisto

únicamente de un programa o agenda de política interior, actualmente se define según los parámetros correspondientes a la defensa de su política exterior. Y, a este respecto, la verdad es que pocos estadounidenses se muestran tibios o carentes de opinión sobre la forma en que Bush enfoca la política exterior del país. En el seno del electorado estadounidense, a la izquierda y el centroizquierda Bush, sencillamente, no les gusta ni coincide con sus puntos de vista; lo contrario sucede en el caso de la derecha y el centroderecha. Esta circunstancia deja a muy escasos votantes en la zona intermedia; su voto pesará en unos 17 estados, aquellos donde las elecciones se presentan más reñidas tales como Florida, Ohio, Missouri, Nuevo México, Pennsylvania, Tennessee y Wisconsin (recuérdese, a este respecto, que en la convocatoria electoral del año 2000 George W. Bush ganó con más votos electorales que Al Gore pero perdió voto popular en relación con Gore, su oponente demócrata).

En consecuencia, la pregunta adopta la forma siguiente: los acontecimientos que guardan alguna relación con la guerra de Iraq o con la guerra contra el terrorismo, ¿inclinarán el voto de los indecisos en sentido favorable o contrario a su reelección?

La respuesta es: únicamente si las cuestiones económicas y sociales no son las más importantes para los electores, sobre todo en los mencionados estados de previsible resultado reñido. Voces conservadoras en materia fiscal consideran que la gestión de Bush arroja un déficit excesivo y ha engrosado innecesariamente la estructura gubernamental. Los progresistas le acusan de restringir las libertades individuales y actuar con arrogancia. Y, no obstante, las encuestas señalan que una mayoría de los votantes en todo el país le dan de 5 a 7 puntos de ventaja en popularidad sobre el senador John Kerry, su oponente en la carrera presidencial.

Así que, hasta ahora, estas elecciones presidenciales se han circunscrito a un referéndum sobre George W. Bush y su enfoque sobre las cuestiones de la economía, Iraq y la guerra contra el terrorismo. Dado que restan relativamente escasos votantes indecisos, y desconocemos por otra parte qué perspectivas se presentarán sobre el trabajo y el paro, la bolsa y los tipos de interés en septiembre y octubre de este año, el modo y grado en que el conjunto de estas tres cuestiones afectarán de hecho a los indecisos no se verán dilucidados de manera clara hasta la víspera de las elecciones. ¿De qué manera una cuestión relativa a la política exterior puede repercutir en las elecciones presidenciales?

Los apuros de Jimmy Carter en el escenario internacional debido a la crisis de los rehenes en Irán, combinada con los altos tipos de interés

y elevados precios del petróleo se confabularon para provocar su derrota en su intento de reelección en 1980.

Dio la sensación de que Lyndon Johnson controlaba el que en aquella época no pasaba de ser un compromiso limitado en el Sudeste Asiático, y fue reelegido en 1964. Sin embargo, para 1968, las disensiones motivadas por la guerra de Vietnam obligaron a Johnson a retirarse de la carrera presidencial. La elección de Nixon en aquel año se debió en parte al desagrado del electorado por la manera en que Johnson enfocaba la guerra. Por su parte, George Bush padre, aunque ganó la primera guerra del Golfo en 1991, perdió ante Bill Clinton en 1992. Fue incapaz de convertir un triunfo en política exterior en un éxito electoral interno. Fracasó en su intento a la reelección porque se le reputaba por un político indeciso y dubitativo en las cuestiones internas del país. Como señaló un analista político, “Bush tenía tendencia a gobernar como comandante en jefe, pero no es eso lo que los votantes esperaban de él”.

George W. Bush será cualquier cosa menos un pusilánime o un tibio. Trata de demostrar, en cualquier ocasión que se le presenta en público, que el comandante en jefe es él. Él es quien se halla al mando de la situación, persona digna de confianza y paladín de la libertad. Y tal es la causa de que la Administración Bush se adhiera plenamente al contenido del nuevo libro de Bob Woodward, “Plan de ataque” –un éxito fulminante–, porque esta obra presenta a George W. Bush como dirigente que “asume sus responsabilidades” y a las figuras de su administración como personas murmuradoras y, en ocasiones, reñidoras.

Al propio tiempo, la campaña de propaganda política de Bush en televisión y los discursos y alocuciones de personalidades republicanas y del vicepresidente Cheney han suscitado dudas de forma reiterada sobre el historial militar de John Kerry, quien combatió en Vietnam pero que tras cubrirse el pecho de medallas volvió a casa para cuestionar la legitimidad de la guerra en el Sudeste Asiático. A Kerry se le presenta como persona no de fiar, imbuido de palabrería e incapaz de adoptar arduas decisiones. Si la Administración Bush sigue efectivamente superando de forma constante el nivel de aptitud y competencia de Kerry para alcanzar la presidencia, y si las cuestiones relativas a la economía y la política exterior progresan sin grandes cambios, es probable que Bush resulte reelegido. El resultado electoral dependerá en mayor medida de la pérdida de votantes de Bush que de su ganancia por parte de Kerry al ofrecer al electorado algún fantástico e inédito plan ya sea de ámbito interno o externo.

Sin embargo, las cuestiones de política exterior podrían impulsar a

los votantes indecisos ya sea en favor de uno u otro candidato. Consideremos algunos escenarios posibles. Si Estados Unidos llega a noviembre con un cierto nivel de soberanía transferida a los iraquíes y sin que el país se haya hundido en el caos –siempre que la situación de la economía no se mueva de donde está–, en tal caso Bush no perderá demasiados votos en beneficio de Kerry. Si se produce un ataque terrorista contra los estadounidenses, y tal atentado tiene lugar en el plazo de dos semanas después de las elecciones, los estadounidenses –como los votantes españoles– habrán de sopesar hasta qué punto el presidente electo es capaz de dar explicaciones sobre el atentado; no obstante, lo más probable es que la ciudadanía se apiñe en torno a la bandera, la causa de la patria y la figura de George W. Bush como comandante en jefe. Es posible que otros digan “¡Basta!”. Es decir, tras el cúmulo de nuevas cautelas y precauciones adoptadas por los organismos responsables de los servicios de inteligencia para recopilar y procesar la información, un segundo ataque terrorista de grandes dimensiones demostraría que la Administración Bush no es digna de la confianza del electorado. La captura de Zarqawi, de Zauahiri o de Bin Laden tan sólo una semana antes de las elecciones podría contemplar cómo la valoración de Bush entre los electores sube como la espuma, por más que fuera de forma temporal.

Sin embargo, si Iraq se encamina al caos, cientos de estadounidenses mueren todos los meses y pueden verse sus ataúdes habitualmente en televisión –lo que no sucede en la actualidad–, la elección de Kerry resulta probable, y la de Bush, problemática.

Aún queda... Seis meses constituyen un prolongado periodo de tiempo.

KENNETH W. STEIN, profesor de Historia de Oriente Medio y de Ciencia Política de la Universidad de Emory, Atlanta (Estados Unidos)

Traducción: José María Puig de la Bellacasa